

Jörg Später: *Adornos Erben. Eine Geschichte aus der Bundesrepublik*, Berlin: Suhrkamp, 2024, 760 págs.

En Fráncfort, la noticia de la repentina muerte de Adorno en agosto de 1969 cayó como un rayo. El autor, que apenas veinte años antes había regresado del exilio como un perfecto desconocido, se había convertido entre tanto en una especie de icono. Sus clases y seminarios atraían a centenares de interesados, su presencia era codiciada en los medios y sus intervenciones públicas –que alzaban una voz crítica en el desolado paisaje teórico-político de la Alemania del milagro económico– habían llegado a ejercer una influencia más que notable. No era un logro menor, tratándose de un pensador cuya prosa destacaba por no hacer concesiones de ningún tipo y que articulaba una actitud hostil a toda forma de conformismo. Pero el shock que supuso su inesperada muerte no se debía solo a eso. En torno a Adorno y al Instituto de Investigación Social había cristalizado un singular biotopo de pensamiento crítico que reunía a varias generaciones de intelectuales y teóricos: desde discípulos y jóvenes profesores de filosofía y sociología hasta investigadores sociales, asistentes y estudiantes, algunos de los cuales no solo tenían inquietudes teórico-culturales o ambiciones académicas, sino que veían en la teoría crítica una causa intelectual y política que sentían como propia. Para todos ellos la muerte de Adorno marcaba una ruptura, y dejaba un vacío que parecía imposible de llenar. De hecho, en los meses sucesivos la situación que había hecho de Fráncfort un nodo central de pensamiento filosófico y social y uno de los principales focos del movimiento estudiantil alemán se revelaría extraordinariamente frágil. Si a nivel institucional la muerte del maestro brindaba la ocasión para pasar página y poner fin al enclave francfortiano de la teoría crítica, a nivel político la izquierda extraparlamentaria iba a alejarse cada vez más de Adorno, que pasaría a ser desdeñado como una figura anticuada, innecesariamente exigente y alejada de la praxis. En consecuencia, quienes buscaban dar continuidad a los posicionamientos teórico-políticos surgidos en torno al trabajo de Adorno se encontraron de repente en una situación de desamparo y aparente exterritorialidad. ¿Cómo seguir adelante? ¿Era posible mantener un planteamiento fiel al legado del maestro o se imponía reformular la teoría crítica para poder mantenerla en vida? Y, en ese caso, ¿en qué términos había de hacerse?

Jörg Später, que en 2016 publicara una excelente biografía de Siegfried Krauer, presenta ahora una cartografía la evolución del entorno intelectual y teórico surgido en torno a la figura de Adorno en Fráncfort. Para ello plantea un recorrido

que va desde el regreso de Adorno en la República Federal en 1949 hasta comienzos de los años noventa, pasando por la cesura que supuso su muerte y la subsiguiente dispersión de sus discípulos, que continuarían sus respectivas trayectorias en diferentes enclaves de producción y con orientaciones teóricas muy distintas. *Adornos Erben. Eine Geschichte aus der Bundesrepublik* [Los herederos de Adorno. Una historia de la República Federal Alemana] es en este sentido un trabajo verdaderamente monumental, y una contribución imprescindible para esclarecer las derivas de una teoría crítica alemana después de Adorno. El trabajo de Später, basado en una investigación minuciosa y bien documentada, ofrece una panorámica rica y diferenciada del amplio espectro de posiciones surgidas del entorno francfortiano. Su análisis reúne a figuras muy dispares y para las que es difícil encontrar un denominador común: desde los leales discípulos Hermann Schweppenhäuser y Rolf Tiedemann hasta Alexander Kluge, escritor y cabeza visible del nuevo cine alemán, pasando por el prominente Jürgen Habermas, filósofos como Alfred Schmidt y Karl-Heinz Haag, pero también figuras como Ludwig von Friedeburg, que llegaría a ser ministro de cultura de Hessen, sociólogos como Gerhard Brandt y Helge Pross, así como Oskar Negt, uno de los pensadores clave de la nueva izquierda, la destacada feminista Regina Becker-Schmidt, o a esa inclasificable discípula de Adorno y Breton que fue la recientemente fallecida Elisabeth Lenk. Este elenco, a su vez, se va complejizando con otros importantes exponentes de la teoría crítica que van apareciendo a lo largo del libro: Peter Szondi, Hans-Jürgen Krahl, Peter Bulthaupt, Günther Mensching, Albrecht Wellmer, Christoph Türcke, Detlev Claussen, Gertrud Koch y un largo etcétera. Sin duda puede echarse en falta una mayor presencia de figuras provenientes de entornos musicales y artísticos, en los que tan importante fue la influencia de Adorno, o también de autores como Ulrich Sonnemann o los precursores de la Nueva Lectura de Marx, Hans-Georg Backhaus y Helmut Reichelt, por los que Später pasa tal vez demasiado rápido. Pero el libro centra su interés en lo que se pueda caracterizar la formación de una “escuela” en torno a Adorno. Partiendo de esta premisa, Später ofrece una rica perspectiva de la complejidad de posiciones que surgen de Adorno o reclaman de algún modo su herencia. De este modo pone de manifiesto que su legado nunca estuvo libre de disputas, e incluso que ha dado lugar a posiciones abiertamente enfrentadas sobre el significado y la actualidad del pensamiento de Adorno y la teoría crítica. No obstante, para evaluar correctamente los méritos y las posibles limitaciones de este libro es necesario no perder de vista que se trata de una obra de historia intelectual.

tual, y no tanto de teoría. A partir de un extenso corpus de textos, correspondencias inéditas y entrevistas, Später ofrece un recorrido histórico por las respectivas evoluciones intelectuales y teóricas de las personas que un día estuvieron en la órbita de Adorno, que a su vez ofrecen un retrato de las derivas de la intelligentsia de Alemania Occidental entre 1960 y 1990.

En este sentido, y frente a lo que podría sugerir cierta estrategia de marketing editorial del libro –nominalmente centrado en trece “herederos”–, este no es un trabajo centrado tan solo en trayectorias individuales. Más bien, reconstruye el itinerario de los contextos de producción teórica e intelectual que hicieron posibles dichas trayectorias y marcaron su fisonomía específica. Eso pasa, en primer lugar, por poner de relieve el contexto de producción del propio Adorno en Fráncfort. De hecho, las relaciones con sus futuros “herederos” surgirían precisamente de sus diferentes ámbitos de actividad. En primer lugar destaca su labor docente, que ejerció una fuerte atracción para varias generaciones de estudiantes, pero también su posición como director del Instituto de Investigación Social –que introdujo nuevos métodos de investigación importados de Estados Unidos, y que necesitaba formar a jóvenes sociólogos para poder aplicarlos–, así como por sus propios intereses intelectuales y teóricos, sus intervenciones públicas y sus posiciones teórico-políticas en el seno de una Alemania Occidental marcada por la Guerra Fría, el silenciamiento del pasado nacionalsocialista y el milagro económico. Fueron esos campos de actividad, más que un conjunto nítido de doctrinas y posiciones que se deriven de su pensamiento, los que determinan el carácter de la “escuela” que pudo llegar a cristalizar en torno a Adorno en Fráncfort. En este sentido la influencia de Adorno, vinculada a las contingencias de su posición personal e institucional, no da lugar a una posición teórica unitaria. Eso explica en buena medida la extrema heterogeneidad de los presuntos “herederos”. Si la relación con figuras como Brandt, Friedeburg o Pross no puede entenderse al margen de los quehaceres de la investigación social empírica del Instituto, la que tuvo con Schmidt o Schwepenhäuser está mucho más ligada a la influencia que ejerció como docente; por su parte, figuras como Negt o Lenk se acercaron a él movidas sobre todo por inquietudes teórico-políticas, como más tarde también Becker-Schmidt, mientras que otros como Habermas llegaron a Fráncfort ya doctorados para empezar sus carreras académicas como asistentes; por otra parte, si el trato con Tiedemann surgió del interés de éste por la obra de Walter Benjamin, la amistad con Kluge fue más bien resultado de afinidades personales. En definitiva, los vínculos se traban en base a

situaciones e intereses distintos, y no siempre de índole estrictamente teórico, y de ahí salieron trayectorias muy dispares. Si a partir de estos mimbres puede hablarse propiamente de una “escuela” –como Später pretende– tendrá que ser siempre entre comillas. En todo caso, tampoco sería difícil encontrar otros casos en los que la impronta la impronta teórica del maestro fuera probablemente mayor y más profunda que la de algunos de los que aquí aparecen como “herederos”¹.

El énfasis del libro de Später se centra fundamentalmente en lo que ocurre con este entorno *después* de la muerte de Adorno. En este sentido el drama comienza con la batalla por la sucesión de Adorno en la Universidad de Fráncfort y el Instituto de Investigación Social. Si las asociaciones estudiantiles, interesadas en dar continuidad a la teoría crítica, reclamaban que fuera uno de sus discípulos quien ocupara su cátedra –se hablaba de Negt, Schmidt, Schweppenhäuser o Haag–, desde distintas posiciones se intentaba dar carpetazo a lo que había cristalizado en torno a su figura en Fráncfort. En este contexto, la opción de Habermas por el filósofo Leszek Kolakowsy generó conflictos y asperezas con los partidarios de dar continuidad al trabajo de Adorno, y fue bloqueada por los estudiantes. Finalmente se impuso Horst Baier, un discípulo de Schelsky, lo que implicaba una evidente ruptura. Si a eso se suma el cambio de orientación del Instituto de Investigación Social hacia la sociología empírica de las relaciones laborales y los conflictos sociales –Später habla de un “giro proletario en el terreno científico” (p. 218)– quedaba claro que la llamada “Escuela de Fráncfort” era historia, y que sus miembros tendrían que buscarse la vida en otra parte. De hecho, de los “herederos” solo Alfred Schmidt se quedaría en la Universidad de Fráncfort. Por lo demás, la presencia de la teoría crítica allí solo se mantendría gracias a los seminarios que ofrecerían Peter Bulthaup y Günther Mensching, que proseguirían incluso de forma autónoma una vez finalizaron sus precarios contratos en 1976. En ellos contarían a menudo con la presencia de autores como Rolf Tiedemann, Christoph Türcke y Karl Heinz Haag, que por entonces ya había abandonado la carrera académica. Una figura de referencia en estos seminarios era Hermann Schweppenhäuser, discípulo leal de Adorno, que aún en vida del maestro había logrado una plaza en Lüneburg, donde iría generando poco a poco un núcleo de trabajo en torno a él. Habermas, por su parte, se había retirado a Starnberg para formar una nueva sede del Instituto Max Planck centrado en ciencias sociales, y allí comenzaría a preparar los trabajos que

¹ Bastaría pensar en Detlev Claussen, Hans-Jürgen Krahl, Günther Mensching, Heinz-Klaus Metzger, Peter Szondi o Renate Wieland.

desembocarían en su *Teoría de la acción comunicativa*. En cuanto a Oskar Negt, cuyos legendarios seminarios en Fráncfort habían reunido a centenares de estudiantes a finales de los sesenta y que se había significado como uno de los referentes indiscutibles de la nueva izquierda, acabó aceptando una posición en Hannover. Allí esperaba reunir a buena parte de los estudiantes rebeldes de Fráncfort, descazados tras la prematura muerte de Hans-Jürgen Krahl, y plantear algo así como un nuevo comienzo para la teoría crítica lejos de Fráncfort.

Los 70 fueron años oscuros y hostiles a la teoría crítica, tanto por la deriva del movimiento de protesta, que basculó hacia la lucha armada y hacia posiciones crecientemente anti-intelectualistas, como sobre todo por la República Federal “oficial”, que reaccionó con un clima de persecución hacia los intelectuales de izquierdas. Später sigue en este contexto las trayectorias individuales y colectivas de estos “herederos”, desde las tentativas de von Friedeburg como ministro de educación en Hessen por poner en marcha una reforma educativa basada en principios participativos y democráticos –que generaría fuertes resistencias y terminaría en un amargo fracaso– hasta los conflictos en torno a las ediciones de Benjamin, que proseguirían las disputas que había vivido Adorno en los años sesenta, pero ahora en la figura de Tiedemann. Pero también atiende a la consolidación de los contextos de producción de los respectivos herederos en Hannover, Lüneburg o Starnberg, que aparecen como entornos más “provincianos” en comparación con Fráncfort. Später ofrece un sucinto relato de la consolidación de un núcleo “francfortiano” en torno a Schweppenhäuser en Lüneburg, donde éste podría desarrollar su “eros pedagógico” (p. 313) y aglutinar a su alrededor a un grupo de figuras afines a la teoría crítica como Mensching, Türcke, Renate Wieland o Wolfgang Pohrt. Pero también describe los avatares del grupo de Hannover articulado en torno a Oskar Negt. Si bien éste no lograría hacer cuajar una escuela, ya que muchos de los miembros del antiguo grupo de Krahl acabarían siguiendo su propio camino (p. 333), allí estaba también Peter Brückner, con quien Negt colaboraría estrechamente, y Hannover ofrecería un entorno propicio para la incorporación de otras figuras de proveniencia francfortiana. Entre ellas destacarían, además de Peter Bulthaupt, dos de las autoras centrales para abordar la relación entre teoría crítica y feminismo: Regina Becker-Schmidt, que en estos años comenzaría a desarrollar su teoría sobre la doble socialización –y que tal vez hubiera merecido una mayor atención–, y Elisabeth Lenk que, tras sus trabajos abordando la relación entre estética, teoría crítica, surrealismo y literatura, acabaría orbitando en torno a la revista feminista

Die schwarze Botin, a la que el libro dedica algunas interesantes páginas (417 ss.). Además de su trabajo en Hannover, Negt sería central en el trabajo del grupo Sozialistische Büro, que con la revista *links* pondría en marcha una importante referencia para la izquierda alemana de los setenta, que intentaría articular una alternativa antiautoritaria y autogestionaria frente a la deriva dogmática y accionista de la oposición extraparlamentaria. Allí enviaría a Detlev Claussen, uno de sus doctorandos más destacados y antiguo miembro del grupo de Krahl. En estos años, Negt comenzaría también su colaboración con Kluge, a la que Später dedica páginas interesantes, y que daría lugar a algunas contribuciones centrales de la teoría crítica post-adorniana, como *Esfera pública y experiencia* (1972), o la monumental *Historia y obstinación* (1981).

En Starnberg, por su parte, Habermas comenzaría un proyecto de trabajo sobre coordenadas teóricas nuevas, ajenas a los planteamientos de Adorno, y que en una primera fase estaría marcado por su debate con la teoría de sistemas de Luhmann. En torno a él, Habermas iría reuniendo a autores como Offe, Schnädelbach o Apel, que no ocultaban su distancia hacia las posiciones de la teoría crítica frankfurtiana. A ellos se sumaría más tarde Axel Honneth. Später incide en la deriva teórica de Habermas, cada vez más interesado por la teoría del discurso y la discusión sobre teoría del lenguaje, pero también subraya su implicación en las disputas teórico-políticas de una Alemania Occidental crecientemente escorada a la derecha (p. 377 ss.). Si los trabajos y la presencia pública de Habermas le hacían ganar cada vez más influencia, en estos años comienza a surgir en torno a él una determinada lectura de la evolución de la teoría crítica. En este sentido destacan los trabajos de Helmut Dubiel y Alfons Söllner. Este último jugó un papel importante en la recuperación de Franz Neumann y Otto Kirchheimer –a los que contraponía a Adorno y Horkheimer–, mientras que con *Organización científica y experiencia política* (1978), que presentaba *Dialéctica de la Ilustración* como un abandono del proyecto original de la teoría crítica, Dubiel influiría de forma decisiva en la que durante décadas sería la visión hegemónica de la teoría crítica “clásica” dentro y fuera de Alemania. A ellos se sumarían más tarde Wolfgang Bonß, y por supuesto Axel Honneth, que reconstruiría el recorrido de la obra de Habermas y sus diferencias respecto de Adorno en un texto significativamente titulado “Cambio en la conformación de la teoría crítica”. Aquí comenzaba a fraguarse ya una comprensión de la evolución de la teoría crítica cortada a medida de los intereses de Habermas, aunque su broche

historiográfico tendría que esperar al trabajo de Rolf Wiggershaus publicado en 1986.

Si bien a la hora de presentar algunos de los trazos de esta evolución Später tiene a minimizar el peso de las estrategias e intereses de carrera, lo cierto es que la imagen que ofrece de las disputas que eclosionan en los años 80 en torno al significado y la vigencia de la teoría crítica son de gran interés. El proyecto de Habermas en Starnberg no acabó de cuajar, por lo que finalmente acabó por regresar a Fráncfort en 1983. Bajo el brazo llevaba su imponente *Teoría de la acción comunicativa*, publicada apenas dos años antes, que para entonces ya era una obra de relevancia mundial. Desde luego, para Habermas el regreso al antiguo centro de la teoría crítica más de una década después no podía ser una vuelta al pasado. Lo que él encarnaba era una propuesta distinta, sobre otras premisas. Pero, al mismo tiempo, la presentaba como un “cambio de paradigma” que implicaba una “superación” de la “vieja” teoría crítica y sus aporías. Por otra parte, en un momento en que la filosofía francesa ganaba creciente influencia a nivel internacional, Habermas comenzó a asimilar el pensamiento de Adorno a las mismas tendencias antirracionalistas y políticamente peligrosas que detectaba en el postestructuralismo. Eso no podía sino levantar ampollas. Especialmente si, poco después de su regreso a Fráncfort, organizaba allí el primer gran congreso sobre Adorno, al que – más allá de la conferencia inaugural del viejo Leo Löwenthal– no se invitaría a ningún discípulo directo de Adorno aparte de Alfred Schmidt. Lo que pudo escucharse allí fue un coro de voces que declaraba al viejo maestro inservible y obsoleto y cerraba filas en torno a la teoría de la acción comunicativa (cfr. Von Friedeburg y Habermas, 1983). Eso generó malestar, no solo en figuras como Schweppenhäuser –que ni siquiera había sido invitado–, sino también entre toda una joven generación de autores que –como Mensching o Türcke– seguían viendo en la teoría crítica de Adorno un punto de partida válido para seguir articulando una teoría crítica del presente. Eso llevó a que, en respuesta al sesgo del congreso de Fráncfort, en mayo de 1984 se celebrara el *Hamburger Adorno Symposium* (Schweppenhäuser et al, 1984). En un intento de consolidar la “invención de la tradición” de la teoría crítica en clave habermasiana (p. 479), en los años siguientes se sucederían en Fráncfort grandes congresos sobre Horkheimer (1985), sobre “La Escuela de Fráncfort y sus consecuencias” (1986) y sobre *Dialéctica de la Ilustración* (1987). Este intento de hegemonizar la comprensión de los clásicos y la actualidad de la teoría crítica, por su parte, encontraría respuesta en la lección inaugural de Detlev Claus-

sen en Hannover en 1985 o en un volumen editado en 1989 con el significativo título *Teoría acrítica. Contra Habermas*. Später lee estas pugnas entre los distintos herederos y continuadores como una “lucha por el reconocimiento” (p. 504), aludiendo irónicamente al título de Honneth. Pero, si se tiene en cuenta la asimetría de la relación de fuerzas entre quienes estaban imponiendo con su hegemonía una lectura interesada de esta tradición teórica –que presentaba su propia propuesta teórica como una superación de las aporías de la “vieja” teoría crítica– contando con el respaldo de una institución de la envergadura de la Universidad de Fráncfort y de una editorial de la talla de Suhrkamp, liderados por una figura intelectual crecientemente mediática y con una enorme influencia fuera de Alemania, tal vez hubiera sido más oportuno el título “crítica del poder”.

Por lo demás, la panorámica coral que presenta el libro de Später supone una contribución de un valor incalculable para todo aquel que quiera acercarse a los itinerarios de la teoría crítica post-adorniana en la República Federal Alemana. En ella se incluye también la llamada “disputa de los historiadores” en torno al pasado nacional-socialista, subrayando el importante papel que jugó la intervención de Habermas frente a la tentativa de justificar los crímenes nazis como una mera respuesta a los desmanes del comunismo. Pero aquí Später no se limita a contar la historia más conocida. Su trabajo saca a la luz también la importancia que en este sentido tuvieron las discusiones en torno al significado de Auschwitz que, desde finales de los setenta, autores como Micha Brumlik, Detlev Claussen y Dan Diner, así como el llamado grupo de judíos Fráncfort, habían ido desarrollando. Estos círculos partieron de las aportaciones de Adorno y Horkheimer para abrir un importante proceso de reflexión en la izquierda alemana sobre el significado del anti-semitismo, recuperando otra importante veta en la herencia de la teoría crítica.

Con todo, más allá de sus indudables méritos, sin duda algunas de las opciones del trabajo de Später pueden resultar cuestionables; no solo en virtud de las figuras que se priorizan o de las posibles ausencias, sino también por ejemplo debido a su intento de minimizar la raigambre marxista de Adorno y la teoría crítica. Y, aunque el tono del libro es equilibrado y ecuánime, las inclinaciones del autor acaban por translucir. En este sentido, el respeto y la simpatía con la que trata a la mayoría de sus figuras –algunas de ellas tan antagónicas como Jürgen Habermas y Elisabeth Lenk– contrasta con el tono que en ocasiones se emplea con figuras como Rolf Tiedemann o Hermann Schweppenhäuser. Ciertamente algunas de las reservas de Später sobre sus elecciones teóricas y personales –como su voluntad de permanecer

a la sombra del trabajo de sus antiguos maestros- pueden resultar comprensibles, pero resulta significativo que los juicios más lapidarios del libro recaigan precisamente sobre los autores cuyas trayectorias han sido menos reconocidas por el público amplio, y no porque sus contribuciones no fueran de la máxima relevancia para la tradición de la teoría crítica y su evolución posterior.

Probablemente, la gran contribución del trabajo de Später consiste en cómo su panorámica permite transformar y complejizar la comprensión de eso que ha venido en llamarse la “segunda generación” de la teoría crítica. En la reconstrucción que ofrece este libro, la extendida noción de que existe algo así como una “Escuela de Fráncfort” que habría sobrevivido a sus miembros fundadores y que -tras sucesivos *aggiornamenti* y relevos generacionales- se encontraría hoy en su tercera o cuarta generación se revela una mistificación difícilmente sostenible. Später muestra cómo la muerte de Adorno supuso una cesura, que acabó con el contexto de producción que había cristalizado en torno a él en Fráncfort. Lo que salió de sus ruinas y de la dispersión de sus miembros fue un conjunto de itinerarios, tentativas teóricas y controversias sin un claro denominador común. En realidad, lo único que unifica al elenco de figuras aquí reunidas es la figura ausente del maestro -y en varios casos sus relaciones con él se basaron más en contingencias coyunturales que en criterios teóricos-. En este sentido es importante subrayar que la historia que ofrece este libro es la del discipulado de Adorno en la República Federal Alemana, no la de los desarrollos posteriores de la teoría crítica. Eso comporta un enfoque en el que la dimensión estrictamente teórica se solapa con itinerarios personales, políticos e institucionales. El resultado es que los rasgos distintivos de la teoría crítica a menudo se desdibujan. En varios pasajes del libro, Später se refiere a ella como un mero “estilo de pensamiento”. Pero esa definición, que excluye toda determinación de contenido, implica en la práctica su disolución efectiva. Incluso en el caso de que la teoría crítica no fuera más que un estilo de pensamiento, cabría preguntarse si no debería al menos incluir entre sus rasgos distintivos la dialéctica. Y bastaría eso para dejar fuera a un número significativo de los que aquí se presentan como “herederos”.

Si lo que Adorno puso en marcha puede entenderse como una tradición de pensamiento viva, capaz de dejar huella en generaciones sucesivas, entonces una comprensión adecuada de los itinerarios posteriores de la teoría crítica y de su posible vigencia no tendría por qué contarse a partir de sus discípulos directos, ni quedarse en el estrecho marco de las fronteras alemanas. Sin duda, esa sería otra

historia. Y no menoscabaría en absoluto el inestimable valor de este trabajo de Später, que supone un hito crucial para la comprensión de la historia y la evolución de la teoría crítica. En todo caso conviene recordar que, si cabe hablar de que las teorías puedan heredarse, ciertamente no será como un patrimonio susceptible de ser transmitido por línea de sucesión.

REFERENCIAS

- FRIEDEBURG, Ludwig von y HABERMAS, Jürgen (eds.) (1983): *Adorno-Konferenz 1983*, Frankfurt: Suhrkamp.
- SCHWEPPENHÄUSER, Hermann et al. (1984): *Hamburger Adorno-Symposium*, Luneburg: zu Klampen.
- SPÄTER, Jörg (2024): *Adornos Erben. Eine Geschichte aus der Bundesrepublik*, Berlin: Suhrkamp.

Jordi Maiso

jordi.maiso@ucm.es